

La diferencia sexual: una vocación al amor

Adán, así nos lo ha mostrado el primer capítulo, anda en busca de su propia identidad: quiere saber quién es, cuál es su nombre. Le ha puesto en marcha el asombro, descubierto al encontrar el mundo y su riqueza. Ya sabe que su viaje comienza en Dios y tiende hacia Él. Pero le quedan todavía preguntas en el tintero. ¿De qué forma podrá vivir su alianza con un Dios a quien no puede ver ni tocar? ¿Qué ruta seguir, en el mundo sensible, para encontrar al Creador inefable y escondido?

Recordemos: es en su cuerpo donde el hombre se abre al encuentro con el mundo y descubre en él una promesa de felicidad. Su cuerpo le permite experimentar el asombro y escuchar la invitación a caminar más allá de sus propias fronteras. Por eso toda experiencia que ilumine su vía hacia Dios tiene que ocurrir también en el cuerpo, frontera del hombre con su mundo. ¿Qué nuevo asombro le depara la vida corpórea?

Se trata, el lector lo habrá adivinado, del encuentro entre Adán y Eva, la primera mujer. Solo ahora se va a revelar al primer hombre la profundidad de su existencia. Juan Pablo II habla a este respecto de otra experiencia fundante: la «unidad originaria». Descubrimos aquí el marco que orientará el viaje de Adán en busca de la Fuente de que todo mana.

Encontrar el amor: «¡Esta sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos!»

Sabemos bien que el amor no puede ser producido a capricho. Aparece como una revelación y tiene siempre un elemento inesperado, sorprendente. Sucede en forma gratuita, hiriéndonos de soslayo.

Tampoco Adán pudo crear su encuentro con Eva. El primer hombre no podría imaginar por sí solo a la mujer, y mucho menos hacerla presente. La cosa queda clara en la Biblia con una imagen: Dios envió sobre Adán un sueño profundo. Y así, mientras el hombre dormía, el Creador formó el cuerpo de la mujer a partir de una de sus costillas. Será Dios mismo el que presente la mujer a Adán como una ayuda adecuada en su camino. Por eso no es de extrañar que, al encontrar a Eva, el hombre se llene de alegría: «¡Esta sí que es...!» A la vista de Eva el primer hombre descubre una sobreabundancia de bondad; una promesa que le desborda y promete plenitud. Es un nuevo hallazgo, que alarga y enriquece el horizonte de su viaje vital.

«¡Esta sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos!» (Gén 2, 23). Fijémonos: Adán se refiere a los huesos y a la carne. Y es que el lugar donde el amor se revela es precisamente el cuerpo humano. Como ya sabemos, existir en el cuerpo quiere decir estar abierto al mundo y participar en él. Pues bien, es precisamente esta apertura la que permite encontrar a la persona amada, carne de la propia carne, y compartir con ella un mundo común.

Un mundo común. Ya explicamos antes cómo Adán, gracias a su cuerpo, está presente en el mundo y entra en contacto con cuanto le rodea. Ahora podemos añadir que el cuerpo, especialmente a través de los sentimientos y afectividad, le hace posible entrar en el mundo de la otra persona y ver la realidad con los ojos de ella. ¿No es verdad que los enamorados son capaces de intuir lo que sucede en el interior de la otra persona? Es que el cuerpo es un puente que une a Adán con Eva, y a Eva con Adán. Karol Wojtyła, en su *Taller del orfebre*, hace decir a Andrés, que acaba de recibir el sí de Teresa: «Hoy veo que su tierra es también mi tierra / y que yo soñaba con tender un puente».

Es cierto que el cuerpo puede también convertirse en barrera que cierre al hombre en sí y le haga inaccesible a los demás. Se aprende a mentir con el cuerpo, del mismo modo que con las palabras. Pero tal cosa va contra la naturaleza del cuerpo: se le amordaza para que no pronuncie su lenguaje de apertura y participación. Según el Génesis el cuerpo ha sido hecho por Dios para ser un puente que una a las personas, y no una barrera que las separe. No se ha dado al hombre para que excluya a los otros de su vida, sino para que les permita entrar en ella.

Pues bien, esta experiencia compartida del mundo es lo que Juan Pablo II llama «unidad originaria». El Papa describe el amor como la forma en que una persona habita el espacio interior de otra. En *El taller del orfebre*, por ejemplo, Andrés habla de su relación con Teresa como de «una extraña persistencia de Teresa en mí», «una extraña resonancia». Y, en la misma obra, Ana dice de su amor por Esteban, un amor atormentado y en peligro de ruptura: «¿No es algo terrible / condenar las paredes del propio corazón / a poseer otro morador, que puede desheredarte / y quitarte en cierto modo tu lugar / dentro de ti misma?»

Para entender esta participación en el mundo del otro basta pensar en nuestras emociones y afectos. A través de ellos el hombre se hace vulnerable a cuanto le rodea: lo que ocurre a su alrededor puede tocar su mismo centro y modelar su identidad. Esta apertura no es algo negativo, como un inconveniente que se haya de evitar a toda costa. Pues, aunque a veces ocasione sufrimiento, tiene una vertiente valiosa: la unión afectiva con la persona amada enriquece la existencia; nos permite participar en su mundo, haciendo así más grande la vida.

El amor, una nueva creación

Así el cuerpo nos revela otro modo de estar en el mundo, a través de nuestra unión con la persona amada. Nuestra vida se ha expandido al hacerse también la vida del otro. Ahora el mundo ya no está solo delante de mí, para que yo lo explore y domine, sino que, a través del amado, se ha hecho un mundo para mí, ofrecido a mí, regalado a mí.

Este descubrimiento tiene gran impacto en la búsqueda del hombre tras su identidad. De hecho Juan Pablo II lo compara con una segunda creación. Nos sirve de nuevo la imagen del sueño en el Paraíso. Al hacer que Adán se duerma, es como si Dios dijera: hay que empezar de nuevo la obra de la creación; es preciso dar marcha atrás, pues el proyecto está inacabado. Es decir, la creación del hombre no está terminada mientras éste no existe como hombre y mujer, de forma que puedan hacerse una sola carne. Mientras Adán existe solo, no llega a ser él mismo. Antonio Machado lo intuyó, medio en broma, medio en serio: «Dicen que el hombre no es hombre / mientras que no oye su nombre / de labios de una mujer». Ahora Adán consigue por fin la única cosa que no estaba bien en el jardín del Edén: «No es bueno que el hombre esté solo». Las manos divinas han terminado su obra maestra, modelando al hombre como una unidad de dos seres, en camino hacia lo que Juan Pablo II llamará la «comunidad de personas».

Nuestra experiencia nos confirma esta interpretación del Génesis: encontrarse con el amor significa ser creado de nuevo, convertirse en nueva creatura. Por tanto, cuando amamos a alguien lo estamos creando de nuevo. Para entender por qué, pensemos que amar no es solo apreciar las cualidades del amado, o la utilidad que éste me reporta. Se trata, más bien de alegrarse de su mismo ser. Amar es decir a otro, como señala el filósofo Josef Pieper: «¡Es bueno que tú existas!» Y si esto es así, entonces el amor tiene un poder creativo; el amor participa en el acto mismo de Dios. Dios, en efecto, vio, al crear, que «todo era bueno»; y declaró, después de modelar al

hombre y la mujer, que «todo era muy bueno». Así también el poder de nuestro amor crea de nuevo la persona a la que amamos, cuando dice «¡es bueno que existas!»

En *El taller del orfebre* Karol Wojtyła usa una bella imagen para expresar esta nueva creación de dos personas en una. Ana, cuyo matrimonio atraviesa una profunda crisis, va a buscar al orfebre (símbolo del mismo Dios) para devolver su anillo de bodas. He aquí lo que sucede:

El orfebre examinó el anillo, lo sopesó
largo rato entre los dedos y me miró fijamente
a los ojos. Leyó despacio
la fecha de nuestra boda,
grabada en el interior de la alianza.
Volvió a mirarme a los ojos, puso el anillo
en la balanza...
y después dijo: “Esta alianza no pesa nada,
la balanza siempre indica cero
y no puedo obtener de aquella
ni siquiera un miligramo.
Sin duda alguna su marido aún vive –
ninguna alianza, por separado,
pesa nada – sólo pesan las dos juntas.
Mi balanza de orfebre
tiene la peculiaridad
de que no pesa el metal,
sino toda la existencia del hombre y su destino.

Antes de seguir acompañando a Adán en su búsqueda, hagamos una pausa para recordar adónde le ha llevado hasta ahora su camino. Resulta que Adán solo puede responder la pregunta por su propia identidad en relación con Eva, su mujer. Y así, con este nuevo encuentro, el horizonte de su búsqueda, lejos de reducirse, se ha hecho más grande, pues ha abrazado en él el camino de Eva, colmado a su vez de inquietudes. Adán ha aprendido una gran verdad: el amor es «uno de esos procesos del universo / que producen la síntesis, / unen lo que está separado y amplían y enriquecen / lo que es angosto y limitado».

¿Podemos perfilar ahora las líneas de este retrato, apenas esbozado, de la unión del amor? Para ello hay que tornar la mirada de nuevo al lenguaje del cuerpo, que nos revela la complementariedad del hombre y la mujer. En su ser masculino y femenino, ambos se convierten en ayuda adecuada para el otro en el camino hacia el horizonte último.

Identidad y diferencia

En el primer capítulo hablamos del cuerpo como la forma humana de estar en el mundo como si este fuera un hogar. Y es que en el cuerpo cada uno está abierto a su ambiente y lo recibe en sí, en modo similar a como se recibe un huésped en la propia casa. Ahora podemos añadir algo más: por el cuerpo el mundo personal se convierte en un mundo compartido con la otra persona. De hecho, para que haya hogar hace falta este encuentro de hombre y mujer, que forman una casa común.

Ocurre como los edificios de una ciudad medieval que, rodeados de una ceñida muralla, llegan a hacerse una sola fortaleza. Como dice Ana en *El taller del orfebre*, el amor es el acto de confiar «las paredes del propio corazón / a otro morador».

Y así, el amor entre hombre y mujer apunta hacia una comunión en que los dos se convierten en una sola carne. Para que esta comunión pueda construirse hace falta tener en cuenta dos dimensiones, que llamaremos «identidad» y «diferencia». Se trata de elementos que constituyen toda relación con otras personas, y son por eso esenciales para entender el significado del amor en general. Pero ambas se revelan singularmente en el amor entre hombre y mujer, donde aparecen la masculinidad y la feminidad.

a) En el libro del Génesis leemos que Eva es formada por la iniciativa de Dios, sin que Adán tenga que ver en su hechura. Se pone así de relieve la igual dignidad de Adán y Eva: Eva viene de Dios, igual que Adán fue plasmado por sus manos. Esta idéntica dignidad queda clara por cómo el libro del Génesis se refiere a ellos, una vez que se encuentran. El nombre «Adán» contiene en sí la palabra hebrea «tierra»: *hā'adāmāh*. Por tanto, Adán se define al principio, como aquel que procede del suelo, en referencia al barro de que fue plasmado. Ahora bien, solo cuando encuentra a la mujer, recibe Adán la denominación de hombre, que es en hebreo *'iš*. La mujer es llamada *'iššāh* porque ha sido tomada del hombre *'iš*. Es como si Adán, hasta ahora alguien que viene de la tierra, aprendiera en su encuentro con la mujer su verdadero nombre: su existencia como varón tiene sentido solo porque hay un correspondiente ser femenino, la mujer. Por eso, lejos de degradar a la mujer a un estado inferior, la historia del Génesis nos hace ver que los primeros padres, varón y hembra, son idénticos en su dignidad y en su humanidad común.

¿Cuál es el significado de esta identidad entre Adán y Eva? Volvamos de nuevo sobre la experiencia de la soledad originaria, de que hablamos en el capítulo anterior. Sucede con Eva lo que con Adán: su cuerpo no puede compararse con ninguno de los cuerpos que les rodean en el jardín del Edén, sea de plantas o animales. Ahora bien, ¿qué diferencia a Adán de los seres de su entorno? Juan Pablo II menciona aquí la soledad originaria: en su encuentro con el mundo el hombre se abre a la transcendencia, hacia Dios. De aquí debemos deducir: cuando Adán dice «esta sí que es carne de mi carne», afirma la soledad originaria de Eva, su dignidad única en medio de los otros cuerpos que les rodean. Es decir, Adán reconoce en Eva a alguien con quien por fin puede compartir un mundo abierto hacia Dios. La búsqueda de Adán, hasta ahora solitaria, se ha hecho de pronto una búsqueda común con Eva; ambos se convierten en ayuda adecuada para el otro en su viaje hacia la Fuente.

b) Consideremos ahora la segunda dimensión del amor, la *diferencia*. La unión experimentada por Adán y Eva, el mundo que comparten, no hace desaparecer la distinción entre uno y otro. Unidos en el amor, son, por un lado, idénticos en su dignidad de criaturas abiertas a Dios. Pero, al mismo tiempo, cada uno expresa de forma distinta su dignidad. Esta diferencia es crucial, pues les hace conscientes de que necesitan del otro, y les recuerda que no tienen en sí mismos cuanto necesitan para ser felices. Es una invitación a enriquecer su experiencia aprendiendo a ver el mundo desde el punto de vista del amado. Por eso, la diferencia entre el hombre y la mujer, inscrita en sus cuerpos, es el comienzo de un movimiento, de un viaje que conduce a cada uno de ellos más allá de sí mismo.

Esta diferencia entre Adán y Eva les salva de la trágica suerte de un personaje mitológico, Narciso. Sobre él cayó la maldición de una diosa despechada por un amor no correspondido. El castigo era cruel: Narciso quedó enamorado de su propia imagen, formada al reflejarse en un estanque. Era como estar atrapado en una prisión,

ocupado en el vano intento de abrazarse a sí mismo. ¡Qué distinto de Adán y Eva, llamados cada uno a ponerse en marcha, en el asombro de un encuentro rico de horizontes! Así nos dice a Narciso el poeta Ovidio:

Ingenuo, ¿para qué seguir tras vanos fantasmas huidizos?,
Lo que buscas no existe; lo que amas, lo pierdes
en cuanto te das la vuelta. Esta sombra que ves es solo un reflejo
Y no tiene nada que le sea propio: a ti te sigue, contigo se detiene
y, de igual modo, se iría contigo, si es que pudieras irte.

A Adán y Eva no les pasa lo que a Narciso: ellos no ignoran su diferencia mutua, que les libera de una visión concentrada sobre sí mismos y les permite salir más allá de sus propias fronteras, moviéndose el uno hacia el otro para así avanzar juntos hacia un horizonte común. El libro del Génesis usa la palabra hebrea *kenegdo* para referirse a Eva como una ayuda que es similar a Adán. Literalmente quiere decir: estar frente a frente, mirando a la otra persona. Este término bíblico captura así la idéntica humanidad de Adán y Eva, al mismo tiempo que nos hace ver la diferencia entre ambos.

Como el cuerpo es siempre masculino o femenino, es al cuerpo al que debemos mirar si queremos perfilar la diferencia entre el hombre y la mujer. Tenemos que insistir, primero, en que esta diferencia no quiere decir simplemente *diversidad*. Los seres humanos son diversos debido a su raza, clase social o a variados talentos y dones. Pero esta diversidad no significa necesariamente una referencia a otra persona, no lleva consigo este «estar cara a cara» que expresa la palabra *kenegdo*. Un hombre de gran estatura no necesita de uno bajito para poder medir lo alto que es, y de la misma forma podemos entender las costumbres de una tribu africana sin tener que compararlas con la forma en que la gente vive en Asia o Europa. Pero la cosa cambia radicalmente con la sexualidad, pues esta no tiene sentido sin esta relación cara a cara. Lo masculino y lo femenino no son solo diversos, sino complementarios: la complementariedad significa que es imposible entender uno cualquiera de los dos sexos sin conocer el otro.

El Cardenal Angelo Scola explica que la palabra «diferencia» viene del latín *differre*, «trasladar a otro sitio la misma cosa». Esta acción de transportar algo a otra parte no crea simplemente una diversidad, sino que da un toque de variación a una misma cosa, es como otra forma distinta de ser lo mismo. Pues bien, ese toque diferente se refiere, en el hombre y la mujer, a su forma de apuntar hacia el absoluto, hacia Dios. En efecto, masculino y femenino son dos formas distintas de vivir la apertura del cuerpo humano a la trascendencia, dos formas de experimentar el cuerpo como apertura hacia la Fuente del amor. Así puede decir Juan Pablo II que lo masculino y lo femenino son dos encarnaciones diferentes de la soledad originaria, es decir, dos formas en que el mismo ser humano, creado a imagen de Dios (Gén 1, 27) es un cuerpo. Según esta lógica, lo masculino y femenino nos dan la pauta para decidir cómo debe seguir el hombre su camino; para entender de modo pleno su vocación al amor.

Sexo y «género»

Acabamos de echar una primera ojeada a la conexión de identidad y diferencia en la relación entre hombre y mujer. Tal diferencia no afecta solo a la superficie de nuestra vida, sino que llega hasta lo profundo de quiénes somos. Muchos promueven hoy una distinción entre el sexo y el género (palabra esta derivada del inglés

«gender») que tiende a oponer los dos. Así, se ha puesto de moda, por ejemplo, hablar de la «violencia de género». Detrás de tal forma de hablar se esconde una ideología, una visión del hombre. Según ella, se entienden por sexo las características biológicas del hombre y la mujer. Por eso el sexo indicaría un mero hecho bruto: somos varón o hembra y poseemos distintos órganos reproductivos. Género, por su parte, se refiere a la forma concreta en que cada cultura, o cada persona, vive el ser hombre o mujer: como, por ejemplo, cuando se distribuyen distintos roles femeninos o masculinos. La teoría intenta defender a continuación que ambas dimensiones (lo biológico y lo cultural) no tienen relación intrínseca. El sexo, el ser hombre o mujer, se ve entonces como una propiedad más del cuerpo, sin mucho que ver con la decisión personal y libre. El género, por su parte, sería lo verdaderamente humano, aquello determinado culturalmente y que varía de lugar a lugar, de pueblo a pueblo.

El problema de esta visión es que separa dos dimensiones íntimamente unidas. No existe en realidad una «mera biología» humana. Por el contrario, la masculinidad y feminidad (dimensiones del ser incarnado) son integrales a la identidad propia del hombre. Como vimos en el capítulo primero, es en el cuerpo donde nos situamos en el mundo y participamos en él; es el cuerpo el que nos enseña a captar la vida como un viaje hacia la trascendencia. El cuerpo no es, entonces, un simple hecho sin significado, que luego cada uno puede modelar a su gusto, según un propio proyecto de autorrealización. El cuerpo es, más bien, un don fundamental que lleva consigo un mensaje, una llamada, una orientación hacia la felicidad y, de esta forma, hace posible la libertad humana. Solo desde aquí es posible crear una verdadera cultura. Tal visión nos permite una forma distinta de mirar a la sexualidad. El ser hombre o mujer afecta a la participación humana en el mundo, a todas las acciones, al modo en que se edifica la cultura. Es decir, la voz del eros, de la atracción sexual hacia la persona del sexo opuesto, es un don que precede al hombre; es una llamada primordial. La libertad consiste en responder a ella en modo creativo, construyendo así una cultura genuina. Como dice Benedicto XVI, «el eros está como enraizado en la misma naturaleza del hombre».

Es el punto de vista del amor el que nos ayuda a ver la unidad entre estas dimensiones de la vida del hombre. El amor «posee el sabor de toda la persona» leemos en *El taller del orfebre*. Precisamente por eso el amor nos impide dividir nuestro ser en elementos sin conexión. Benedicto XVI ha analizado esta tendencia a la fragmentación en su primera encíclica, *Deus Caritas Est*: «El epicúreo Gassendi, bromeando, se dirigió a Descartes con el saludo: “¡Oh Alma!”. Y Descartes replicó: “¡Oh Carne!”. Pero ni la carne ni el espíritu aman: es el hombre, la persona, la que ama». La clave de este pasaje es clara: No se ama solo con el cuerpo ni solo con el alma. Ama la persona entera, cuerpo y alma. El amor, por tanto, es como una garantía de la unidad de la persona humana. El hombre podría dudar de la unidad de su ser; pensar que es un alma prisionera en el cuerpo, o un cuerpo que se engaña a sí mismo y se cree dotado de alma inmortal. Pero el que experimenta el amor se da cuenta de que esta división es solo un espejismo. Si hay amor, si la experiencia del amor es verdadera, entonces es que el hombre es uno, pues el amor atraviesa todas las dimensiones de su ser. El amor asegura su unidad y le muestra cómo llevarla a plenitud. Se abre ante el hombre y la mujer un camino, que consiste en integrar poco a poco todas las dimensiones que el amor abre en su vida.

La ascensión del amor

«Mi amor es mi peso. Allí donde voy, es mi amor el que me lleva». Estas palabras de San Agustín confirman cuanto llevamos dicho: el amor es una atracción,

una llamada que ilumina toda nuestra existencia y nos invita a empezar un nuevo viaje. ¿A dónde nos lleva esta ruta del amor? Para responder, empezaremos fijándonos en los impulsos más elementales que nos mueven en el camino del amor: la atracción sexual y las emociones y sentimientos, todos enraizados en nuestro cuerpo. Descubriremos en ellas una fuerza que nos empuja más allá de nosotros mismos y nos ayuda a descubrir dimensiones cada vez más profundas de nuestra identidad. El encuentro corporal entre Adán y Eva abre ante ellos un camino que les conducirá, poco a poco, hacia el abrazo del Padre, su destino definitivo.

Karol Wojtyła ha descrito estos movimientos del amor en su libro *Amor y responsabilidad*. De su mano analizaremos el lenguaje contenido en la atracción sexual (a) y las emociones (b), para descubrir a partir de ellos el valor sagrado de la persona (c), que se basa a su vez en la relación de la persona con Dios (d).

a) *Sensualidad*

Se experimenta la atracción física o sexual como un impulso hacia la persona del otro sexo. Karol Wojtyła llama a esta atracción primaria sensualidad, y la define como «la facultad de reaccionar ante los valores sexuales del cuerpo, objeto posible de placer». A primera vista podría parecer que este deseo es similar a la atracción que se siente hacia la comida o la bebida, así como todo aquello que satisface nuestras necesidades. Igual que nuestros deseos más elementales, la atracción sexual revela una apertura hacia el mundo y da testimonio de que la persona necesita las relaciones, de que la felicidad siempre se encuentra más allá de uno mismo. Por otro lado este impulso, por sí solo, no es capaz de llevar más allá del propio yo y de la preocupación por las propias necesidades e intereses. Como dice Karol Wojtyła, «por sí misma, la sensualidad no tiene en cuenta a la persona» del sexo opuesto y «no se dirige más que hacia los valores sexuales del cuerpo».

Ahora bien, equiparar este deseo sexual con los otros impulsos (como el hambre o la sed) sería un gran malentendido. Pues el deseo sexual se distingue de los demás deseos que experimentamos. En efecto, aunque, como las demás atracciones, es en sí ciego al valor de la persona, por otro lado nos dirige a la relación personal; su realización es imposible sin implicar al otro. De aquí viene que la sexualidad contenga este carácter misterioso, que sea una especie de éxtasis, en el sentido etimológico de la palabra (del griego *ek-stasis*, que significa «estar fuera de uno mismo»). Esto es así porque la sexualidad apunta al amado, a la riqueza de su mundo personal, y de este modo invita a entrar en una dimensión más profunda de la relación.

Por eso podemos decir: la sensualidad, la atracción sexual, nos revela una promesa de plenitud que ella sola no puede mantener. Se puede decir, por eso, que promete mucho pero, por sí sola, cumple muy poco. El éxtasis que se percibe en el impulso sexual queda sofocado cuando se lo reduce a mera búsqueda de placer. De ahí que todo el que persiga como su fin principal el placer sexual, acabará siempre defraudado. Aún más, este placer, cuando se busca por sí mismo, va disminuyendo cada vez más deprisa, conduciéndonos a probar nuevas experiencias, siempre desilusionantes. Y es que la sensualidad alcanza su plenitud solo cuando está integrada en una dimensión más honda: la relación de amor con la otra persona.

Hemos visto, pues que el «peso» propio de la sensualidad, su tendencia natural, guía al hombre más allá de sí mismo. El deseo sexual abre un camino y nos invita a seguirlo. ¿Cómo es esta ruta y de qué modo avanzar por ella? Es preciso ahora acudir a una dimensión más honda, la de los sentimientos y afectos.

b) La afectividad

Además de la sensualidad hay en el amor entre hombre y mujer otro elemento, el de la unión afectiva. A ella nos referimos, por ejemplo, cuando decimos que dos personas se han enamorado. En realidad, la atracción sexual apunta hacia esta otra esfera, en la que encuentra una cierta plenitud. Mientras la sexualidad, por sí sola, no puede alcanzar a la otra persona en sí misma, las emociones sí lo hacen: nos importa ahora el rostro de la persona amada, a quien descubrimos como alguien único, que no puede intercambiarse por otro. Además, mediante la simpatía y el afecto compartimos el mundo interior del amado. Aquí no estamos ya en la esfera aislada del «yo». El sentimiento de simpatía, dice Karol Wojtyła, «acerca a las dos personas, hace que se muevan siempre una en la órbita de la otra, incluso cuando, físicamente, están lejos una de otra». Cuando un hombre y una mujer se enamoran, un nuevo mundo, un mundo que pueden compartir, se abre ante ellos.

De acuerdo con esto, la simpatía lleva al hombre más allá de una búsqueda solitaria tras la satisfacción de sus propios impulsos que, aislados en sí mismos, constituyen en realidad una prisión. Pues el valor que le atrae no es ya solo el cuerpo como fuente de placer; ahora «la percepción lleva hacia la persona toda entera: mujer u hombre».

Y sin embargo, no hemos llegado todavía a un amor pleno; los sentimientos no conducen a la otra persona en toda su hondura. Mientras se considere al amado solo según los afectos que esta atracción despierta en uno mismo (como, por ejemplo, la necesidad de ternura, protección o cariño, de ser afirmado y defendido por el otro) no se habrá descubierto el verdadero camino del amor; se seguirá girando en los círculos concéntricos del «yo». De todas formas, la simpatía juega un papel crucial en el amor, pues es un paso indispensable hacia la comunión con la otra persona:

La simpatía introduce a una persona en la órbita de otra persona en cuanto cercana a nosotros, hace que se “sienta” su personalidad entera, que se viva en su esfera, encontrándola a un mismo tiempo en la propia. Gracias a esto, precisamente, la simpatía es un testimonio de amor empírico y verificable, tan importante en las relaciones entre el hombre y la mujer. Gracias a ella sienten su amor recíproco, sin ellas se extravían y se encuentran en un vacío igualmente sensible.

La atracción sexual, por tanto, alcanza una cierta plenitud en el nuevo ámbito de los sentimientos. Podemos poner un ejemplo para aclarar la relación entre estas dos esferas. La sensualidad puede compararse con el agua que se encuentra a la raíz de la viña; y el sentimiento con el jugo de la uva producido por la planta. El agua es buena en sí misma y necesaria, pero si permanece en el suelo acabará por estancarse y pudrirse, perdiendo su utilidad. Tiene que ser absorbida en la planta; tiene que ser elevada, más allá de sí misma, para formar parte de la viña y entrar en el fruto de la uva, rico de sabor y color.

De la misma forma la atracción sexual, como el agua de nuestro ejemplo, tiene que ser integrada en el mundo de los sentimientos. Y, a pesar de todo, estos no son el punto final del camino. Uno no puede apoyarse solo en la simpatía que producen las emociones, del mismo modo que no se puede iluminar una carretera oscura con fuegos de artificio ni construir una casa en arenas movedizas. «Por esto (a los amantes) les parece, en general, que el amor se acaba tan pronto como desaparece la simpatía». Ocurre que aún no han llegado a la verdadera madurez del amor.

Y es que los sentimientos, por sí solos, son ciegos al valor más profundo de la persona. Pensemos en cómo los amantes tienden a idealizar a la persona amada. Su incapacidad para ver sus defectos es a la vez síntoma de una ceguera más profunda. Consiste en amar un objeto cuyo valor se mide únicamente a través de las propias

reacciones ante él. En este caso, lejos de hacer de la persona amada alguien más perfecto, se está en realidad degradando su verdadera dignidad. Pues cada persona vale mucho más que todos los sentimientos o emociones que pueda despertar en el otro, por elevados que sean.

Y de hecho, si el amor fuera solo cuestión de sentimientos, los amantes permanecerían en el fondo separados el uno del otro. El sentimiento, como la sensualidad, apunta también más allá de sí mismo, a un ámbito más profundo de la realidad que él nos ayuda a descubrir pero que, por sí solo, no puede colonizar. Es lo que Karol Wojtyła llama «la afirmación de la persona».

c) Afirmar el valor de la persona

Los sentimientos atraen hacia la otra persona; pero con ellos no se ha percibido todavía la plenitud del amor. El amor tiene que madurar hasta afirmar el verdadero valor de la persona, más allá de las emociones. ¿Qué significa afirmar al amado? Quiere decir que se le ama no solo por sus buenas cualidades, capaces de despertar gran riqueza de sentimientos, sino porque él es él, esta persona única e irremplazable, con sus cualidades y también defectos. Solo en este momento se está preparado para amarla tanto en los días malos como en los buenos, cuando se está alegre como cuando uno se siente decaído.

Este amor que afirma a la persona incorpora en sí el deseo sexual y también el afecto, las dos dimensiones de que hemos tratado anteriormente, y los hace madurar en una esfera más interior y honda. Solo cuando se alcanza este punto se ha tocado la roca firme en que se puede construir una relación sólida con la otra persona. Mientras el amor se base solo en el sentimiento, no se puede dar un sí sin reservas, pues se está sujeto a la fluctuación propia de las emociones, que van y vienen como las olas del mar. Pero cuando el amor ha descubierto a la persona y la ha afirmado en sí misma por lo que es, entonces puede pronunciar un sí para siempre.

Permanecer solo en el terreno de los sentimientos es, en el fondo, quedarse encerrado en uno mismo, prisionero de la propia visión de la realidad y de la propia reacción ante ella. Mientras se tome el afecto como regla absoluta de la relación, se vivirá lo que Karol Wojtyła llama «el egoísmo de los sentimientos». Por el contrario, cuando se rompe el cerco de la mera afectividad y se afirma el valor único de la otra persona, amada por sí misma, todo cambia. Ahora se acepta a alguien que es distinto de uno mismo y que a la vez afecta el centro de la propia existencia a través del amor. Solo en ese momento la vida se enriquece con una presencia nueva que se deja entrar en el propio mundo. Nace entonces una nueva criatura, el «nosotros» del amor, que es más que el tú y el yo, y en el que el tú y el yo se encuentran por fin a sí mismos. Nace la pareja como realidad que supera a los amantes y que estos están llamados a construir en el tiempo. Llegar a este nivel más profundo del amor es alcanzar lo que Wojtyła llama «amor sponsal». Se caracteriza porque cada uno se encuentra a sí mismo solo cuando se da sinceramente a la otra persona.

La paradoja aquí resulta doble y va en dos sentidos: primeramente, que se pueda salir de su propio «yo» y, en segundo lugar, que con ese salir no se le destruya ni se le desvalore, sino que al contrario, se le enriquezca, evidentemente en el sentido metafísico, moral. El Evangelio lo subraya netamente: «el que habrá perdido (...) encontrará», «el que habrá encontrado (...) perderá».

Tratemos de precisar la novedad de este momento. Ya dijimos que los sentimientos abren la perspectiva de un «nosotros», de un mundo común que se comparte con el amado. Pero solo la afirmación del valor personal cimienta este mundo común, le da estabilidad duradera. Ahora dos seres se afirman el uno al otro

más allá de sí mismos, de modo que se dan mutuamente una nueva existencia en la unidad de su amor. Pueden poner en común mucho más que antes: no solo sus mutuos sentimientos, sino todo lo que les hace ser personas. Solo cuando han alcanzado este nivel profundo del amor pueden el hombre y la mujer compartir toda su vida en el matrimonio.

Benedicto XVI describe este ascenso del amor con la ayuda del Cantar de los Cantares. La Biblia emplea allí dos palabras hebreas para describir el amor:

Primero, la palabra *dodim*, un plural que expresa el amor todavía inseguro, en un estadio de búsqueda indeterminada. Esta palabra es reemplazada después por el término *ahabá*, que [...] expresa la experiencia del amor que ahora ha llegado a ser verdaderamente descubrimiento del otro, superando el carácter egoísta que predominaba claramente en la fase anterior. Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca.

Precisemos que amar a la otra persona por lo que ella es no elimina las otras dimensiones del amor (la atracción sexual y el nivel de los afectos). Por el contrario, ambas siguen siendo necesarias para descubrir y alimentar el amor genuino. Poco a poco hay que hacerlas madurar para que sean ayuda en esta tarea, la de redescubrir cada día el valor del amado: «Así que, en toda situación en que sentimos los valores sexuales de una persona, el amor exige su integración en el valor de la persona, incluso su subordinación a este valor».

Volvamos al ejemplo de la viña, que hemos usado antes. La sensualidad, dijimos, es como el agua que la planta absorbe por sus raíces y transforma en el jugo de la uva. Pero las uvas, a su vez, pueden ser transformadas en vino. Esta segunda transformación requiere el trabajo del hombre, más allá de las simples fuerzas de la naturaleza. Por eso sirve bien para ilustrar la afirmación de la persona, donde lo específicamente humano queda de relieve. Más aún, el vino es símbolo del banquete de bodas, que corona lo que Juan Pablo II llama «amor sponsal».

Este ejemplo subraya el papel indispensable de las tres dimensiones – sensualidad, sentimiento, afirmación del valor de la persona – para construir el amor. El vino, de hecho, contiene el agua, que ha sido a su vez asumida en el jugo de la uva. Por una parte, si se reduce el amor a un mero afecto, se acaba aislado en la propia prisión egoísta. Por otro lado, si no se tienen en cuenta los sentimientos, el amor se convierte en algo frío, incapaz de una unión real con la otra persona:

La simpatía ha de madurar, por consiguiente, para llegar a ser amistad, y este proceso exige normalmente reflexión y tiempo. [...] Pero, de otra parte, es menester completar la amistad con la simpatía; privada de ésta, la amistad quedaría fría y poco comunicativa. Este proceso es posible del hecho de que aún a pesar de nacer en el hombre de manera espontánea y a pesar de mantenerse en él de manera irracional, la simpatía gravita hacia la amistad, manifiesta una tendencia hacia ella. Hay en esto una simple consecuencia de la estructura de la interioridad humana de la persona, en la que no se ha adquirido el pleno valor más que para lo que está fundado en la convicción y el libre arbitrio.

d) En la otra persona, el camino hacia Dios

Hemos visto hasta ahora que amar a la otra persona es afirmarla por sí misma. Ahora bien, si nos fijamos con más detalle veremos que hay en esto un cierto misterio. Por un lado el amado es un ser humano, finito como uno mismo. Por otro lado afirmarlo por sí mismo significa atribuirle un valor absoluto, infinito. ¿Cómo es posible decir un sí infinito a este ser finito?

¿Cómo hacer, Teresa,
para permanecer en Andrés para siempre?
¿Cómo hacer, Andrés,
para permanecer en Teresa para siempre?
Puesto que el hombre no perdura
en el hombre
y el hombre no basta.

La pregunta que el Coro de *El taller del orfebre* hace a Teresa y Andrés parece ponernos ante una elección difícil. ¿Ha de hacerse de la otra persona un absoluto, sometiéndola entonces a una expectativa exagerada a la que ningún ser humano puede responder? ¿O se la debe afirmar solo en modo condicional, rechazando el sí incondicionado que requiere el verdadero amor? El Concilio Vaticano II nos ofrece, en una frase importante, la solución a este dilema: el hombre tiene una dignidad especial porque es la única criatura en la tierra que Dios ha amado por sí misma. Es decir, la dignidad de la persona es absoluta, pero lo es porque está basada en Dios mismo, la fuente de toda bondad. Los próximos capítulos nos permitirán ver con más detalle cómo la persona recibe ese valor único porque ha sido creada a imagen de Dios. Por el momento bastará estudiar cómo se resuelve el dilema que nos ocupa. Puede darse un sí total al amado precisamente porque el amado es imagen de Dios. Por eso, si este «sí» se pronuncia de forma adecuada, el amado no se convierte en un ídolo. Lo habremos liberado de un peso excesivo que daña su dignidad, en vez de ensalzarla.

De esto podemos extraer un corolario: no se puede colocar sobre los hombros de la persona amada una expectativa exagerada, pidiéndole que colme plenamente el corazón. Pues solo Dios es capaz de tal cosa. Ahora bien, en este aparente límite del amor humano reside su verdadera grandeza: el peso del amor nos mueve hacia Dios, al encuentro con Él. Como dice Benedicto XVI:

Ciertamente, el amor es «éxtasis», pero no en el sentido de arrebató momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios.

Sería equivocado concluir entonces que uno se ha de alejar de la persona amada para así poder llegar hacia Dios; o que el otro queda reducido a mero instrumento, escalera por la que se asciende a esferas más altas. Ocurre justamente lo contrario: es precisamente en la persona amada, en nuestra relación con ella, donde reluce el rostro del Padre. No avanzamos hacia Dios alejándonos del otro, sino en él y con él. Nuestro próximo capítulo nos ayudará a profundizar en este importante vínculo.

Concluimos que los aspectos del encuentro de amor que hemos considerado hasta ahora (la sensualidad, los sentimientos, la afirmación de la persona) apuntan hacia el último fin de la vida, que es la comunión con Dios. Como consecuencia, vemos la gran importancia que tienen todas las dimensiones del amor, incluido el deseo sexual y los afectos. Todos ellos forman parte de un único movimiento que lleva más allá de uno mismo, hacia Dios. La tarea del hombre consiste en integrarlos todos en la única dinámica del amor. No es que la afectividad y deseos corporales desaparezcan cuando nos ayudan a descubrir el valor de la persona. Al contrario, quedan integrados en un dinamismo más amplio, el viaje del hombre hacia Dios. Precisamente porque la sexualidad está creada para incorporarse en este movimiento contiene esa promesa que se parece a un éxtasis divino de plenitud.

Estaba, pues, en lo cierto San Agustín cuando llamó a los afectos «pies del alma», con los cuales o caminamos hacia Dios o nos alejamos de Él. Karol Wojtyła dice algo parecido en su obra *Esplendor de paternidad*. Los sentimientos tienen que quedar empapados de luz, la luz de la persona, la luz del mismo Dios:

Sólo quiero que no se desarrolle a ciegas aquello que afluye
sobre la ola del corazón, abocado a callejones sin salida.
Hija mía, es menester iluminar primero cada sentimiento;
para no sentir a oscuras y luego volver a sentir –ya en la luz–
se hace necesario el rayo del pensamiento.

El amor os hará libres

Nuestro primer capítulo describía la existencia del hombre como una llamada. Acompañábamos a Adán –símbolo de cada hombre y mujer– mientras respondía a la asombrosa invitación del mundo y marchaba así a la busca de su propio misterio. En este segundo capítulo hemos visto que el encuentro de amor entre el hombre y la mujer da respuesta a esta búsqueda, pero no le pone todavía término. En vez de disminuir el asombro, el amor lo hace crecer y, con él, crece también el deseo de seguir avanzando en busca de una respuesta. De hecho el amor mismo pasa a ser la sorpresa más grande, que arroja nueva luz sobre el significado de la invitación que el hombre escuchó en su primer encuentro con el mundo. Mientras el primer capítulo presentaba la existencia del hombre como una llamada, una vocación (del latín *vocare*, llamar), este capítulo segundo ha perfilado sus contornos: el hombre está llamado al amor.

Ha sido de nuevo el cuerpo el que nos ha ayudado a descubrir esta llamada. El cuerpo, forma humana de estar en el mundo, se revela en el encuentro de hombre y mujer como invitación a ir más allá de uno mismo para construir un mundo compartido. Adán y Eva experimentan una unión hecha posible por su sensualidad y afectos; a partir de aquí van caminando poco a poco en el amor, por la ruta que va desde la unión afectiva hasta la comunión total de la existencia.

Juan Pablo II dijo que Dios ha dado al hombre su cuerpo como una tarea. En este capítulo se ha arrojado luz sobre la naturaleza de esta tarea, que consiste en construir y expresar el amor personal en el cuerpo y a través del cuerpo. Llevar esta tarea a plenitud es una obra común de hombre y mujer, a través de la cual se re-crea al amado y se es re-creado por él, colaborando con la acción creadora de Dios. El amor es así una re-creación recíproca; consiste en conferirse mutuamente un nombre que solo los amados conocen. Se entiende ahora la relación entre el amor y la libertad: la libertad no es mera autonomía e independencia, sino la capacidad de expresar el amor y de caminar hacia una comunión cada vez más plena.

Podemos decir, por tanto, que la experiencia humana parte de una llamada. Ante esta afirmación surge enseguida una pregunta: ¿quién es el que llama? Por un lado, se trata, claro está, del mismo amado, ante quien se despierta el amor. Pero esta respuesta inicial no basta. Hemos visto, en efecto, que la dignidad de la otra persona se debe a su especial conexión con el Creador, con Dios Padre. A esta luz trataremos de discernir una voz primordial y originaria, que se dirige al hombre en la persona amada.